

Variaban los ritos funerales según los lugares. A la más remota antigüedad se remontan el uso de las antorchas encendidas en torno del féretro y el de los fúnebres cantos (53). Pero el concilio de Elvira (306) prohíbe poner luces en los cementerios, á fin de que los cuerpos que allí reposan en paz no sean turbados (54). El sínodo de Calcedonia (451) reconviene á Dioscuro por no haber incensado el cadáver de la piadosa Peristoria (55). Aunque Tertuliano censura á los que derraman flores sobre los muertos, vemos usado muchas veces este símbolo de la belleza y de la fragilidad de la vida (56).

Ritos.—De las muchas obras que hablan sobre los ritos y sus modificaciones, tomaremos solo aquellas cosas más importantes ó curiosas. Desde los tiempos de los Apóstoles encontramos el ayuno en los miércoles ó viernes de cada semana; después no se guardó más que el sábado (57), y posteriormente, á fines del siglo X, se mandó la abstinencia de carne en los miércoles, y ayunar el sábado (58). También desde el primer siglo se usaron luces en la celebración de los ritos y en los exorcismos. En el siglo II hallamos ya el agua bendita y la señal de la cruz; ya se lleva el viático á los

(53) SAN BASHILO, *Oratio in Jul. de fun. Constant.*

(54) Cánón 34.

(55) BARONIO, *Ad ann.* 312. núm. 34.

(56) San Ambrosio dice en la oración fúnebre de Valentiniano: «No esparciré ya flores sobre su sepultura, sino que difundiré su espíritu con el perfume de Cristo.» Y San Jerónimo á Pammaquio con motivo de la muerte de su esposa: «Los demás maridos esparcen sobre el sepulcro de sus compañeras violetas y rosas, lirios y púrpuras flores.»

(57) Santa Mónica, madre de San Agustín, cuando fué á Milan, se escandalizó de que no se ayunase el sábado; pero San Ambrosio le dijo que debía conformarse con la costumbre del país para no llamar la atención. El y San Agustín dicen que en Milan ningún sábado, excepto el Santo, era día de ayuno.

(58) El concilio de Ansa del año 994. *Laici omnes feria IV a carne abstineant, et VI feria jejurent, si ita possunt perficere, aut pauperibus elemosinas tribuant.* MARTENE, t. IV. *Anecd.* Gregorio VII recomendó también que se impusiese la abstinencia de carne en el cán. 7, del concilio romano de 1078. Inocencio III, interrogado por el obispo de Braga acerca de los que por debilidad no pueden abstenerse de carne el sábado, respondió que se observase la costumbre del país. En muchas provincias de España, principalmente en Castilla, Galicia y Mallorca, desde tiempo inmemorial fueron permitidas en días de abstinencia las entrañas y las extremidades de los animales, y en algunas diócesis de Francia todas las carnes en los sábados desde la Natividad á la Purificación; y en todos, en los reinos de Castilla, Leon y las Indias. V. FERRARIS, *ad v. Sabbatum.* En la bula de Gregorio VIII, 1187, en que llama á la tercera cruzada, se lee: «Porque en todo el mundo sin excepción se abandona la carne el viernes y sábados, nosotros y nuestros hermanos nos abstendremos de ella también el martes, si no nos dispensa de ello una enfermedad, fiesta ó otra razón valedera.»

enfermos, se celebran sufragios por los muertos y tres misas en Navidad. En el III ya se bendicen los cementerios. En el IV se manda santificar las fiestas con ritos prescritos, absteniéndose de todo trabajo, aun rural. Entonces, habiéndose dado la paz á la Iglesia, se comenzó á solemnizar el aniversario de los sucesos que excitaban recuerdos más santos, erigióse la cruz sobre los edificios, y ondeó en los estandartes.

Cuando no estaba segura la Iglesia del Dios vivo sino en el olvido, ciertamente podemos creer que no se convocaría á los fieles con el tañido de la campana. Algunos dicen que se usaba en su lugar de carracas, y podría ser un indicio de ello el ver las usadas aun entre nosotros en la Semana Santa, en la cual se han conservado los ritos más antiguos: pero ni aun estas pudieron usarse hasta después de haber obtenido la paz; al principio se avisaría de casa en casa, con la rapidez y los medios que se suelen emplear en las sociedades secretas.

Baronio, Francisco Bernardino, y los autores del *Ritual* de Beauvais del año 1637, aseguran que en tiempo de Constantino se principiaron á usar las campanas; pero no les apoya ningún contemporáneo. Algunos atribuyen á San Paulino de Nola, no la invención, sino la introducción de este instrumento; otros al papa Sabiniano, sucesor de Gregorio Magno el año 604; pero no hay autoridad alguna que lo demuestre (59).

(59) Los ornamentos del gran sacerdote de los judíos, tenían campanillas, quince siglos antes de Cristo Plauto menciona las campanillas:

Numquam adepol temere tinnit tintinnabulum;

Nisi quis illud tractat aut movet, mutum est, tacet.

Sabemos por Plutarco (*Sympos.* IV, quæst. 5) que llamaban campanas al mercado de peces; y á este propósito habia ya contado antes Estrabon un cuento, aplicable á algun moderno. Dice, pues (*Geogr.* XIV), que en Jaso de Caria daba muestras de su habilidad un arpista, cuando sonó la campanilla del mercado de los peces, y todos le abandonaron á excepcion de un viejo sordo; y á este dió las gracias el arpista alabando su excelente gusto en música. El viejo no le comprendió, pero viendo marcharse á los demás, preguntó al artista si habia sonado la campana, y respondiéndole que sí, se fué con ellos.

Segun Plinio, habia campanas suspendidas en el mausoleo de Porsena, que se oian muy lejos cuando soplabá el viento. *In summo orbis aeneus est et petasus unus, ex quo pendunt excepta catenis tintinnabula, que vento agitata longe sonitus referunt.* *Hist. nat.*, XXXVI, 13. En Roma habia campanas para indicar la hora del baño. *Redde pilam, sonat as thermarum.* MARCIAL, *Epigr.* XIV, 165; segun Luciano (*De Dea syra*), usaban campanas los sacerdotes de Cibeles: Augusto hizo colocar campanillas alrededor de la cúpula del templo de Júpiter Capitolino (SUETONIO en *Augusto*); y Porfirio dice que algunos filósofos de la India se reunian para orar y comer á son de campanas. *De abst. anim.*, lib. IV.

Conociáse pues, las campanas antes que Rufo Festo Avieno las llamase *nola* en el siglo IV, y otros *campana* en el VIII. Este nombre proviene quizá de las fundiciones que hubiera en la Campania, célebre por su excelente bronce.

Las procesiones que se dirigian antiguamente á suplicar á la indignada Minerva ó á prestar homenaje en Eleusis á la creadora del trigo, honraron después al Dios que aflige y perdona. Las *rogaciones* introducidas por San Mamerto, obispo de Viena en Francia en el siglo V (60), fueron adoptadas generalmente en el IX. Algunos creen que San Lázaro, obispo de Milan, fué el autor de las *letanias* mayores, quizá en ocasion en que la amenazaba Atila; y ciertamente las oraciones que en ellas se rezan, indican un peligro inminente, aunque pueden también aludir á los húngaros que les amenazaban el año 900 cuando probablemente obtuvieron la organizacion actual. En aquellos tres días era obligatorio el ayuno, y los fieles se echaban ceniza en la cabeza; en los tiempos de ignorancia mezclaban con esto ceremonias profanas,

opinión más creíble que la de Francisco Bernardino de Ferrara que dice se deriva de un tal Campo, hábil fundidor. Gregorio de Tours, que murió en 595, habla de las campanas, diciendo de Gregorio, obispo de Langres: *Commoto signo, sanctus Dei, sicut reliqui, ad officium dominicum consurgebat*; y de Nicetas arzobispo de Lyon: *Quod presbyter audiens, jussit signum ad vigiliis commoveri* (*De vitis PP.*, cap. 7 y 8) y en la Historia de Francia, lib. III, capítulo 15. *Dum per plateam praterirent, signum ad matutinas motum est.*

Concuerdan los criticos en creer que *signum* indica la campana, en cuyo sentido se encuentra ya antes en las reglas de San Cesáreo de Arlés, de San Benito y de San Aureliano. San Benito en su regla dispone que la señal con la campana se dé por el abad ó por un monge vigilante. Una capitular de Carlo-Magno de 789 dice que *clocca non sunt baptizanda*; y Baronio asegura que Juan XIII, antes de colocar una gran campana en San Juan de Letran, la bendijo con las ceremonias acostumbradas y la llamó Juan.

Esto solo en cuanto al Occidente. En Oriente no las usaron antes del siglo VIII, segun aparece del libro de los milagros de San Anastasio, que murió en 628; pero el concilio II de Nicea del año 787 (art. 4), dice que cuando el cuerpo de éste se acercaba á Cesárea, salieron los habitantes á recibirlo en procesion con cruces, después de haberse reunido en la iglesia al *tocar los sagrados maderos*. Anastasio Bibliotecario, traduciendo aquel concilio al latin, advierte que *Orientalis ligna pro campanis percuciant.*

El dux Orso Participacio, en el año 865, envió las primeras campanas al emperador Miguel III, para Santa Sofía: enviáronse después otras, pero no se hicieron comunes. Asegúrase que en Oriente no las usaban más que los maronitas y los calogeros del monte Atos; empleando en su lugar carracas ó maderos que se golpeaban en cualquier altura. Cuando los turcos se apoderaron de Constantinopla, fundieron las campanas para cañones, y no se pudo tenerlas en el imperio musulman sino por un raro privilegio; porque temian los turcos que sirviesen para conmovier al pueblo tocando á rebato. Con este fin, el mismo Carlos Quinto, cuando sometió á Gante, hizo hendir la campana llamada Orlando, porque servia para reunir á los amorinados; y así rota la dejó que sonase para recordar á los ciudadanos el castigo que habian sufrido.

(60) Baronio (N. al *Martyrol.* 25 abril) las cree más antiguas, y reducidas por Mamerto á una forma estable.

como el colgar flores en las casas y las iglesias, con imágenes mezcladas de viandas y legumbres, huevos, panes, vasos de agua, de vino, de aceite y de leche; las mujeres exponian en los balcones figuras de paño, creyendo con esto conseguir que saliesen bien los partos y la educacion de los niños (61).

En el primer concilio de Nicea se agregó la segunda parte al *Gloria patri*; y en el de Efeso la segunda del *Ave-Maria* se añadió después de la condena de Nestorio, como continua protesta en honor de la Madre de Dios (62).

Se llamaban *títulos* los lugares destinados á las reuniones de los primeros cristianos, y en ellos se suspendia una imagen, un ramo ó cualquier otra enseña. En Roma habia siete, confiados á siete diáconos cardenales, esto es, fundamentales, de donde provienen los títulos que hoy se confieren aun á los cardenales de la Iglesia romana. Este nombre de *cardenales*, comun á muchas, y quizá á todas las iglesias bautismales, se restringió después solo á los electores del pontífice, para quienes se reservó la púrpura desde el año 1242, y el título de *eminencia* desde 1630.

Eran los altares una mesa sencilla cuadrilátera, ó algunas veces redonda, cubierta de un mantel, sin candeleros ni cruz: un cancel separaba de lo restante de la iglesia el sagrario, donde no entraba nadie, ni aun los emperadores sino para las oblacones. Cuando celebraba el sacerdote, estaba vuelto hácia la plebe, como se acostumbra aun hoy en algunas basílicas de Roma; y cuando se cambió esta costumbre, debia volverse cuando la fórmula se dirigiese al pueblo, ó para bendecirle ó en algunos ritos, como el armenio, para enseñarle el pan sagrado.

Misa.—Decia la misa el obispo en los primeros tiempos, acompañado de los sacerdotes y los diáconos, de este modo: Principiaba con el saludo *El Señor sea con vosotros*; seguian después las lecciones del antiguo Testamento en Oriente y de las Epístolas en Occidente; cantábase después un salmo, seguia el Evangelio y la homilia del obispo. Entonces se hacia salir de la iglesia á los catecúmenos y á los penitentes, cubriase el altar con el mantel, y el obispo y los sacerdotes colocados alrededor, se lavaban las manos, y los fieles se daban el ósculo de paz en Oriente y en la Galia, lo que en Italia y en Africa se hacia antes de la comunión. Los asistentes ofrecian las oblacones; y se presentaba al obispo el pan y el cáliz; rogá-

(61) MURATORI, *Antiq. ital.*, dis. LXI; *Antiq. long. milanese*, dis. XXV.

(62) Grancolas, en el *Brev. rom.* cap. 25, dice que no se encuentra en ninguna parte el *Sancta Maria*, etc. antes del año 1508; y cree que solo los hermanos Menores añadian después *Nunc et in hora mortis nostræ*, que se halla por primera vez en un breviario de estos monges del 1515. Pero no puede creerse tan moderna, por usarse también esta oracion en las iglesias orientales.

base por él, por el clero, por las personas reinantes, por la paz, por los vivos y los muertos, y se hacía conmemoración de los mártires y de los bienhechores de la Iglesia. Después del prefacio, se consagraba la hostia con las palabras sacramentales, y seguían la acción de gracias y las invocaciones. Partida la hostia, se rezaba la oración dominical, y después el obispo bendecía al pueblo. Alzabase el velo que cubría los santos misterios, comulgaba el obispo, y después el diácono distribuía la Eucaristía, mientras el obispo decía: *Estes el cuerpo del Señor*. Dábanse luego las gracias á Dios, y el obispo saludaba al pueblo diciendo: *La paz sea con vosotros*, y los fieles respondían: *Y con tu espíritu*. Mientras duraba el incruento sacrificio, dos diáconos en los extremos del altar, con abanicos de plumas de pavo real, ahuyentaban los insectos, costumbre que se conserva en la misa papal.

Hasta en los primeros tiempos se hace mención de la misa privada, celebrada por el obispo ó solo por el sacerdote, sin la comunión de los seglares. Los sacramentarios más antiguos contienen misas particulares para los santos, con lecciones de las actas de su martirio; y Tertuliano hace mención de las de los fieles difuntos.

Habia dispuesto el papa Bonifacio que los cálices y patenas fuesen de madera, pero el concilio de Tribur (63) conoció que si esto estaba bien cuando los sacerdotes eran de oro, entonces que eran de madera, convenía que los vasos sagrados fuesen de metal precioso. Ya en tiempo de San Ambrosio tenía la Iglesia ornamentos de gran valor, coronas pendientes sobre los altares, lámparas, incensarios, cubiertas de códices, dipticos que eran unas tablitas en que se escribían los nombres de los bienhechores de la Iglesia para hacer conmemoración de su nombre en la misa. En casos de necesidad se vendían estas preciosidades para socorrer á los pobres, redimir esclavos, y ensanchar los cementerios (64).
 En un concilio que en Milan se celebró en el año 895, se determinó que en la misa de rodillas ó inclinándose hacia la tierra se principiaba la acción sagrada cuando se deseaba á todos los pobres (65). Dicen que el papa Simaco introdujo el uso de la *Gloria in excelsis* para los domingos y fiestas de los mártires. En la Iglesia romana no se recitaba el *Credo* en la misa, é inmediatamente después del Evangelio predicaba el papa ó el obispo (66).
 En el siglo XII un diácono del altar intimaba antes del Evangelio el *Parcite fabulis*, y dos custodios añadan *Silentium habete*. Esto se practica todavía en la iglesia metropolitana de Milan en el oficio pontifical. Indicaré que los fieles tenían la costumbre de hablar en este lugar? MURATORI, *Antig. ital.*, dis. LVII.

(63) Cerca de Maguncia: año 895, cán. 18.

(64) SAN AMBROSIO, *De off. eccl.*, II, 28.

(65) Idem, *in Ps. CVIII*, v. núm. 20.

(66) Beroldo dice que en el siglo XII un diácono del altar intimaba antes del Evangelio el *Parcite fabulis*, y dos custodios añadan *Silentium habete*. Esto se practica todavía en la iglesia metropolitana de Milan en el oficio pontifical. Indicaré que los fieles tenían la costumbre de hablar en este lugar? MURATORI, *Antig. ital.*, dis. LVII.

las puertas para que no salieran los que se marchaban después del Evangelio y les decía: *Adónde vais? El día del juicio no os será permitido escuchar*. En los primeros tiempos no se escribía el cánon por respeto al misterio, pero se transmitía por tradición oral para que no fuese nunca profanado. Antes de la consagración parece que se cubrían las cosas secretas, echando un velo al altar, como lo practica la Iglesia griega, ó cubriéndole con el pabellon que hay encima de él (67). En tiempo de Inocencio III mandó en Colonia el legado Guido Paré que al alzar se tocara la campanilla y se arrojase el pueblo; y que cuando se llevase el viático, el monaguillo fuese delante tocando. Al tiempo de la comunión se daban el ósculo de paz mientras estuvieron los hombres separados de las mujeres; después, en su lugar, se dió á besar una cruz y una reliquia. Por orden del papa Sergio se recitó el *Agnus Dei* al partir el sagrado pan.

El concilio de Auxerre del año 538 decretó que no se pudiese celebrar más de una misa al día en un mismo altar; el de Compostela del año 1056 dispuso que obispos y sacerdotes diesen misa todos los días, cuando no estuviesen impedidos (68), y se pretende que solo el concilio Romano de 1603 prohibió que diesen más de una al día, obra que antes se tenía por meritoria.

Son también un uso tomado de los ritos paganos las pilas de agua bendita que se colocan á la entrada de las iglesias, y el cepillo para las limosnas fué introducido en tiempo de las cruzadas. Preferíase el aceite para el alumbrado, y se reservaba la cera para las procesiones. Habitualmente se servían de candelabros de muchos mecheros, llamados árboles, adornados con gran esmero (69).

Los que se quejan de la multiplicidad excesiva de los días de fiesta, deben tener presente que en estos días se conducía al pie de los altares á una muchedumbre ignorante, y se proporcionaba reposo á los esclavos condenados á trabajar sin tregua y sin provecho; y debe admirarse la prevision con que esta madre amorosa dirigía todas las cosas para bien de los afligidos (70).

Solemnidades.—Por vía de preparación á la fiesta de Navidad empezaba la serie de solemnidades eclesiásticas en Adviento. Esta solemnidad posterior á las de Pascua, Pentecostés y de la Ascension, parece que fué fijada en Roma en el mismo día en que los paganos celebraban la vuelta del

(67) «No todos ven los altos misterios, pues estos se ocultan por los levitas, á fin de quitarlos de la vista de aquellos que no está bien que los vean.» SAN AMBROSIO, *De off. eccl.*, I, 10.

(68) LABBE, t. IX, f. 1087.

(69) Uno hay todavía en la catedral de Milan, bello resto de la Edad Media.

(70) Se ve en Herodoto á los sacerdotes egipcios quejarse de la tiranía de Cheops, quien para acelerar la construcción de su pirámide, disminuyó el número de los días feriados.

sol: en ella se hacían regalos y aguinaldos, sin que fueran olvidados los pobres (71). Solemnizaban los gentiles el primer día del año, disfrazándose los hombres de mujeres y viceversa, y algunas veces bajo la figura de animales, y pasaban el día en cantos, bailes, espectáculos y orgias, lo cual hacía que la festividad de este día se denominara la fiesta de los locos (72). Mucho trabajo costó desarraigar esta costumbre, que duró, especialmente en Roma, hasta el siglo VIII, aun reprobada por los concilios; y fué sustituida con los recuerdos de la infancia de Jesucristo.

Al paso que entre nosotros era la principal fiesta Navidad, entre los griegos era la Epifanía, instituida por lo menos desde el siglo IV en memoria del bautismo de Cristo y el milagro de Caná. Con posterioridad se introdujo del mismo modo en Occidente para celebrar la manifestación de los gentiles, por lo cual hacíanse procesiones para celebrar la venida de los Magos, de los cuales la tradición vulgar hizo reyes, señalándoles un color, un nombre y una patria (73). Proclamábase en este día, y luego se colgaba de un cirio la *tabla pascual*, efeméride de las fiestas movibles. Todavía en la actualidad se anuncia en las catedrales el día en que se celebrará la Pascua.

En el segundo día de febrero se sustituyó la Candelaria á las lupercales de Evandro, ó bien á una fiesta en honor de Ceres, en la cual se encendían antorchas para ir en busca de la robada Proserpina,

(71) Posteriormente, al celebrarse en Milan las fiestas de San Ambrosio y de San Esteban, el arzobispo bendecía doce modios de vino, que después se distribuían entre los pobres. En el día de Navidad se dirigían los sacerdotes y los diáconos con capa pluvial á la curia, donde les recibía el arzobispo diciéndoles: *Puer natus est nobis, et filius datus est nobis*, y cada cual respondía: *Deo gratias*, y le besaba en seguida las manos y la boca. Acto continuo, tomando asiento el arzobispo regalaba al vizconde una férula y un par de guantes, otro par de guantes al hostiario, y un cirio á cada uno de los que debían servir en la mesa el primer servicio. BEROLDO, *Manuscrito de la biblioteca de la Catedral*.

(72) «Hé aquí que llegan las calendas y sale toda la pompa de los demonios; sale toda la oficina de los ídolos, y se consagra con el antiguo privilegio el año nuevo. Figuran á Saturno, Júpiter, Hércules: espónese á Diana, y se lleva en procesión á Vulcano... Disfrázanse los hombres de bestias, y de doncellas los mancebos: violan la honestidad, pierden el juicio, se mofan de la pública censura... No hay carbon que baste á tizar el rostro de aquellos dioses... A fin de que inspire horror su aspecto, se buscan por todas partes pieles, estiércol y otras inmundicias... Los admiten los cristianos en sus moradas.» *Fragmento inédito de San Agustín*.

(73) El arzobispo de Milan guiaba una procesión de las más solemnes hasta San Eustorgio, donde se creía haber sido depositados los cuerpos de los Magos en una arca, que aun existe; y de donde se pretende que fueron arrancados en tiempo de Federico Barbarroja para ser trasladados á Colonia. La comitiva era una representación animada de la venida de los tres reyes con toda la magnificencia á que era tan acostumbrada la Edad Media.

ó bien á los sacrificios ambarvales en loor de los dioses infernales. Se quiere atribuir su introducción á Gelasio I, y Justiniano la impuso por ley en 542. Figura asimismo como un residuo de los ritos paganos el Carnaval, á cuyos desórdenes se ha opuesto constantemente la Iglesia. La primera vez que se hizo mención de la fiesta de la Anunciación, fué en Oriente en el concilio Trullano del 691.

Ayunos.—Aquellos que precedían á la Pascua eran los únicos ayunos obligatorios para los primeros cristianos (74), en memoria de la pasión de Cristo, creyendo que habían sido prescritos por aquellas palabras del Evangelio: *Ayunareis cuando os sea arrebatado el esposo* (75). Otros eran practicados por pura devoción, como ya hemos dicho de los de la cuarta y de la sexta feria, es decir, del miércoles y del viernes de cada semana; otros eran preceptuados por los obispos en los peligros de la Iglesia, ó cada fiel los elegía por devoción particular. El de Cuaresma no se quebrantaba hasta la caída de la tarde (76), los demás á la hora nona. Las cuatro temporadas, ayuno que se practicaba al principio de las cuatro estaciones, fueron establecidas en la Iglesia romana hácia la mitad del siglo V, quizá en lugar del ayuno voluntario de cada semana; y también se propagó en Oriente este uso.

No teniendo lugar el ayuno de la cuaresma los sábados y domingos, es probable que empezase el día que después se llamó de sexagésima y en Oriente de septuagésima.

Durante este periodo de penitencia no se celebraban matrimonios; cubríanse los altares de luto y no se comía carne mientras duraba la cuaresma. Algunos usaban la xerofagia, es decir, se alimentaban con carnes secas, absteniéndose de frutas vinosas y succulentas; otros se reducían á pan y agua ó á lo más legumbres (77). Hasta muy tarde no fué lícito comer pescado en días de vigilia, y solo data del siglo pasado la autorización de comer carne en los mismos. Se exorcisaba en Milan durante la cuaresma á los catecúmenos, con sal, y se les enseñaba el catecismo. Si eran adultos, se les sujetaba á penitencias: había suficiente con las apariencias respecto de los niños, y se hacía pasar sobre un cilicio bendito una gran piedra con el monograma de Cristo (78). En Alberstad, en la Baja Sajonia, cada año pasaba un ciudadano toda la Cuaresma, paseándose por la iglesia con los pies descalzos y sin descansar un momento para hacer penitencia en nombre de todos. Llegado el Jueves Santo era absuelto y con él la ciudad entera.

Es antiguo uso el no celebrar misa el viernes

(74) *Const. apost.*, V, cap. 18.

(75) SAN MATEO, IX, 15. SAN MARCOS, II, 20.

(76) SAN AMBROSIO, *In Ps. CXVIII*, núm. 46.

(77) TERTULIANO Y ORIGENES, *Hom. X. in Levit.*

(78) Llamábase la *Christman*, y todavía se conserva una

detrás del coro de la Catedral de Milan con esta figura

durante la Cuaresma: para la iglesia griega fué confirmado por el concilio de Laodicea (79), y se ha conservado en el rito ambrosiano. El domingo de Pasión se hacia la tradicion del simbolo á las personas competentes, pero en los tiempos de San Ambrosio todavia no se bendecian los ramos de olivo: esta fiesta, introducida posteriormente, se celebraba en Milan con estrañas ceremonias. A la salida de la iglesia montaba el arzobispo en rico palafren, y acompañado de un militar de la familia de Ro, que le servia de escudero, iba á cantar misa á la basílica Ambrosiana: corria el abad á su encuentro hasta el Carrobio, presentándole un *pal-morerio* y una trucha. Decia la tradicion que San Ambrosio habia curado á un leproso, y esta enfermedad se habia perpetuado en la familia de aquel. Por eso el lunes *in authentica* acudian á la mansion del arzobispo tres leprosos de esta familia, recibian su bendicion, y después de haberlos asperjado con agua lustral é incienso, los conducia al baño cerca de la puerta Tesinesa. Allí un sacerdote lavaba y peinaba su cabeza. Al salir del baño se les vestia con ropas nuevas: lavábales el arzobispo (80) el pié derecho, lo enjugaba, é imprimia en él un beso: luego se daba con él tres golpes en la cabeza. Culto al infortunio en conformidad con las inspiraciones cristianas y con las ingeniosas costumbres de la Edad Media.

Desde los primeros tiempos de la Iglesia estaba destinado el Jueves Santo á la reconciliacion de los penitentes. Después de haberlos amonestado el obispo y de reunirlos bajo su báculo pastoral, les daba el ósculo de reconciliacion. Se consagraban los óleos, se cantaba la misa, durante la cual comulgaba el pueblo: lavaba el obispo los piés á los sacerdotes, y el Sacramento se ponía de incógnito en la sacristia cesando en aquellos días los himnos y los misterios. El Sábado ó más bien la noche antes de Pascua, se conferia el bautismo, la confirmacion y la eucaristia á los catecúmenos.

Pascua.—Cuando la solemnidad de Pascua invitaba á los creyentes á cantar el *Aleluya*, hasta los mismos solitarios en sus ermitas daban alguna tre-gua á los rigores de la penitencia. San Pacomio saz-onaba sus yerbas con aceite. San Benito permitía un manjar de mejor clase y San Antonio cubria sus espaldas con una vestidura de hojas de palme-ra que le habia dejado su antecesor. Entre las gentes era costumbre bendecir un cordero cocido, para hacer con él la primera comida después del ayuno de Cuaresma, y frecuentemente se ejecuta-ban danzas en las iglesias ó en los cementerios. Se remonta á los tiempos del papa Zósimo la bendi-cion del cirio pascual, y se escribian en este cirio

(79) En el año 366. Cánon 46.

(80) Antes del año 777 no consta que se diera al me-tropolitano de Milan el título de arzobispo, cuando en un pergamino del monasterio de San Ambrosio, se lee: *Dom-nus Thomas archiepiscopus mediolanensis.*

la cifra de la epaeta y de la indiccion y del año después de la Encarnacion. Se arrancaban del cirio pascual algunas particulas que eran distribuidas al pueblo el domingo *in albis*, y se colocaban en las casas y en los campos por devocion y como pre-servativo contra los maleficios: de aquí procedieron luego los *agnus dei*. Los bautizados, que toda la semana de Pascua (*in albis*) habian llevado vesti-duras blancas, las dejaban el domingo siguiente y se mezclaban con los demás fieles.

A esta gran solemnidad seguian cincuenta días de fiestas y de regocijos y de misa cotidiana, du-rante los cuales se prohibia dar espectáculos (81), ayunar ó arrodillarse (82): se asistia con más fre-cuencia á la iglesia, y se aflojaba el rigor de la dis-ciplina eclesiástica (83). El domingo antes de la Ascencion bendecia el papa una rosa que enviaba en calidad de regalo á los príncipes y á los mag-nates. La Ascencion es una de las fiestas más anti-guas. La de Pentecostés fué puesta en lugar de la hebrea, de la Semanas y de las primicias.

La fiesta del *Corpus Domini* no fué aprobada hasta el año de 1264 por Urbano IV, quien la vió nacer en Lieja con motivo de revelaciones hechas á la monja hospitalaria Juliana. Santo Tomás com-puso el hermoso oficio del Sacramento: pero solo se llevó cubierto por las calles hasta el concilio de Viena en 1311: desde esta época se introdujo el uso de esponerlo y de dar las bendiciones: después fueron instituidas las cuarenta horas por el padre José de Ferno (84), capuchino milanés, muerto en 1564.

La fiesta de la Trinidad, ya en uso en algunas iglesias, se hizo general por Juan XXII: la de la Transfiguracion se fijó por Calixto III en 6 de agos-to, en memoria de la salvacion de Belgrado en 1456, como la del Rosario por la batalla de Lepan-to. En el concilio de Lion de 1245, ordenó Ino-cencio IV la octava de la Natividad á fin de hacer á Dios propicio á la séptima cruzada: Inocencio XI la del nombre de Maria por la victoria que alcan-zaron los polacos sobre los otomanos, salvando á Viena y á la Europa.

Créese que la dedicacion de la Iglesia, celebra-da en el Milanesado el segundo domingo de octu-bre, fué instituida por san Eusebio, después de los estragos que habian sufrido los templos por parte de los godos (85): en las demás se festeja el día en que fué consagrada la iglesia madre. Se conservaron los ritos anteriores para la consagracion de los templos y de los altares. Ungíanlos con aceite como

(81) *Cod. Teod.*, XV, 5, lib. 5.

(82) TERTULIANO, *De corona mil.*, núm. 3.

(83) ALBASPINA, *In can. 43. concilii Illiberitani.*

(84) THIERS, *De la esposicion del Santo Sacramento.*

(85) Hasta el siglo XII era costumbre que la procesion se adelantase hácia la iglesia, llamase á la puerta cerrada, y ya abierta, se pusiera á perseguir al clérigo que habia abierto, que á todo correr iba á refugiarse detrás del *antich. long. milan.*

se practicaba con los de Jehová, de Júpiter y de Brama; y el obispo seguido del clero, daba muchas veces vuelta entorno de la basílica, asperjándola con el agua lustral. Ungia la piedra sagrada, y de-lineaba de color rojo las cruces griegas en las pa-redes. Al modo que fueron señaladas las puertas de los hebreos con la sangre mística del cordero, cuando el ángel estermínaba á los primogénitos de Egipto.

Vino á ser fiesta general la Inmaculada Concep-cion por orden del concilio de Basilea (1431): se instituyó para lograr el fin de la peste negra que asolaba á la Europa. Los griegos celebran no la Asuncion de Maria sino su muerte (*κοινησις τῆς Παναγίας*); y muchísimas son las iglesias que le es-tán dedicadas, especialmente en los monasterios.

San Odilon, abad de Cluny, introdujo la com-memoracion de los muertos hacia el año 1050: Bonifacio IV la fiesta de Todos los Santos, cuando á principio del séptimo siglo obtuvo del emperador Focas el Panteon, que dedicó á Maria y á todos los mártires. En virtud de un hermoso simbolo se fijó el aniversario de los santos el día de su muerte, como siendo aquel en que habian renacido á la verdadera vida: solo se celebraba el natalicio de San Juan Bautista ya en tiempo de San Agustin. Desde un principio cada iglesia celebraba á sus propios mártires, y únicamente San Estéban era celebrado en todas. Constantino mandó que los días de los mártires fuesen sagrados como los do-mingos.

Canonizaciones.—Se encuentran en el siglo III rasgos seguros de la invocacion de Maria y de los Santos como intercesores, y Origenes habla de án-geles venerados del mismo modo. En un principio se llamaba santos á todos los cristianos, y después á los obispos; pero luego la especial devocion dió este título solo á los más piadosos y benéficos. Para evitar errores y desórdenes se dispuso que no se elevase á nadie al honor de los altares, sino des-pués de fin expediente con trámites regulares, el primero canonizado de este modo fué San Ulde-rico, obispo de Augsburgo, que lo fué por Juan XVI en 993, diez años después de muerto. Alejandro III reservó después para la silla suprema la canoniza-cion, cuando enumeró entre los santos á Eduar-do III de Inglaterra.

A fiestas solemnes, como Pascua, Pentecostés, Natividad, Epifania, precedian vigili-as, en las cua-les se pasaba toda la noche en cánticos y oracio-nes; y fueron abolidas porque eran ocasion de es-cándalos. Desde el tiempo de los Apóstoles algunas horas del día estaban destinadas especialmente á la oracion; y las constituciones apostólicas exhor-tan á rezar seis veces al día.

Era ya la delicia de los primeros cristianos el cantar los salmos, pero segun dice San Isidoro (86), se cantaba con pequeña flexion, más que como si

(86) *De off. ecclies.*, I, 5.

se hablase con armonia, que como si se cantase. San Ambrosio hizo cantar tambien en Italia him-nos y salmos alternativamente á la oriental; y él y Gregorio Magno aplicaron á este canto diversa le-tra. La antifona, esto es, *contra vos* ó canto alter-nado, era quizá un versículo repetido por el pue-blo á cada pausa del coro, como hoy se hace con el *Venite exultemus* y con algunos himnos, como el *Stabat Mater*. El oficio se dividia en tres par-tes: una al alba, otra por la tarde que se prolonga-ba hasta la noche, y otra á la hora de terciá; pero quizás estaba ya dividido en Oriente en siete par-tes, tal cual fué introducido entre nosotros hácia el siglo VIII, limitándose solo al clero, no ya á todo el pueblo.

No tengo necesidad de decir que la liturgia va-riaba de iglesia á iglesia; y el lector habrá conoci-do que me atengo con preferencia á la de Milan, tanto porque por ser la de mi patria me es más conocida, cuanto porque esta ha conservado ma-yores vestigios de la antigüedad. No creo que San Ambrosio introdujese en ella un rito nuevo, sino que se conservó el antiguo, á pesar de las tentati-vas de los diversos papas y de otra más resuelta de Carlo-Magno. Segun aquel rito, se diria que cada iglesia tenia un solo altar (87), y que no se celebraba en él hasta haberlo consagrado con re-liquias de mártires (88). En tiempo de este Santo aparecen en Milan una sola iglesia, ó á más dos.

Costumbres.—Revisando las obras de los Santos Padres, pueden sacarse muchas particularidades acerca de las costumbres de aquel tiempo. El cris-tianismo habia dirigido á lo mejor, pero no muda-do en el fondo las costumbres que habian nacido con aquella sociedad. Subsistia la esclavitud do-méstica; algunos tenian en casa hasta dos ó tres mil siervos; y una mujer rica, cuando se irritaba con alguna de sus esclavas, la hacia todavia uncir á su litera, ó azotar á su vista (89). Las mujeres, aunque elevadas á su dignidad natural, habian cambiado poco de condicion: en la iglesia estaban separadas de los hombres, y una jóven honesta no salia al caer el día. Algunas conservaban el lujo de las antiguas, é iban á la iglesia en coche dorado, tirado por cuatro mulas, con gran séquito de eunu-cos y de esclavos, vestidas con túnicas de oro y seda, cubiertas de diamantes, adornando sus ore-jas con joyas que hubieran bastado para la subsis-tencia de mil pobres; y asociando la devocion al lujo, bordaban sobre sus vestidos las escenas del Evangelio (90). Otras, por el contrario, preferian

(87) Sin embargo, tenemos del 1288 una descripcion de la diócesis de Milan, hecha por el humilde Buonvicino de Riva, donde aparecen en cincuenta y seis parroquias mil setecientas ochenta iglesias con dos mil doscientos se-tenta altares.

(88) SAN AMBROSIO, *Exhort. ad virg.*, ep. 20 ad Mar-cellinam.

(89) SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Op.* t. XI, pág. 112.

(90) ASTERIO, *Hom. in divitem et Lazarum.*

los tranquilos goces del casto amor; no obstante, en medio de la austeridad conservaban vestigios de galantería, componiendo los pliegues del sayo y revelando las gracias que ocultaba. Los abusos que nacían de este estado de perfección propio de muy pocos, daban con frecuencia ocasión á las reprecensiones de los predicadores, que aunque alabando la virginidad, recomendaban, sin embargo, el matrimonio y principalmente en la edad juvenil.

En ciudades como Antioquia y Constantinopla eran los niños cuidadosamente educados. A los cinco años se les enviaba á la escuela pública para leer y delinear caracteres sobre cera; luego los gramáticos les enseñaban á conocer á Homero y á los demás poetas griegos, y pasaban por último á los maestros de elocuencia, que generalmente, por pedantesca devoción, profesaban la creencia antigua. Concluidos los estudios, por lo general recibían el bautismo; é iniciados en la fe en la edad más fervorosa, algunos se retiraban á los desiertos, otros se aplicaban al estudio del derecho civil, escalera de las dignidades; y pocos emprendían la carrera de las armas, que había caído en descrédito por la afeminación de los tiempos y por las exhortaciones de los predicadores (91).

Supersticiones.—Habían sobrevivido algunas supersticiones paganas, venerándose bosques y grutas sagradas (92), consultándose augures y encantadores (93), y llevándose amuletos, principalmente con la imagen de Alejandro, cuya gloria había llegado á ser una religión (94). Algunos, mezclando estas supersticiones con el cristianismo llevaban encima hojas del Evangelio, y las suspendían del cuello de los niños; y cuando nacía alguno, encendían muchas lámparas con nombres diferentes cada una, y el de aquella que duraba más tiempo era el nombre que llevaba el recién nacido (95). Los enfermos se hacían ungir con el aceite de las lámparas de los santos lugares (96), y se esperaba la curación haciéndose imponer las manos por algún piadoso solitario. Teniéndose también por cierta la opinión de que el alma del que moría de muerte violenta se libraba del demonio, algunos llegaban al exceso de dar muerte á sus hijos.

Las leyes de Teodosio II y los concilios demuestran que la creencia en la magia había sobrevivido. Constantino prohibió los encantamientos contra la salud ó la castidad de los hombres; pero

(91) SAN JUAN CRISÓSTOMO, I, 84.

(92) Id. I, 727.

(93) El mismo Constantino decretó en el año 321: *Si quis de palatio nostro aut ceteris operibus publicis degustatum fulgure esse constiterit, retento more veteris observantia, quid portendat ab haruspibus requiratur, et diligentissime scriptura collecta, ad nostram scientiam referatur. Ceteris etiam usurpanda hujus consuetudinis licentia tribuenda, dummodo sacrificiis domesticis abstineant, quae specialiter prohibita sunt.* Cod. Teod. XVI, 10, l. 1.

(94) SAN JUAN CRISÓSTOMO, I, 682; II, 243.

(95) Id. X, 107.

(96) Id. XII, 573.

permitió los que tendieran á sanarlos ó librar á las mieses de la piedra (97). Constancio condenó á muerte al que con sortilegios alterarse los elementos, la vida del hombre ó evocase á los difuntos (98).

También era profana la pasión á los juegos de que ya hemos hablado: en Constantinopla eran muy apreciadas las comedias, acompañadas de danzas y cánticos, en los cuales aparecían, con grande escándalo, hasta doncellas con la cara descubierta.

¿Qué tiene de extraño, pues, que en tiempo de ignorancia penetrasen en los ritos de la Iglesia tradiciones poco fundadas ó prácticas supersticiosas? Sabido es el celo con que los pontífices, principalmente desde el concilio de Trento, trabajaron para purgar los breviarios y misales (99) de lecciones ó creencias absurdas. Los tiempos las introducían y la Iglesia, tutora fiel de la pureza y de la verdad, las borraba.

(97) *Eorum est scientia puniendi et severissimis merito legibus vindicanda, qui magicis adincti artibus, aut contra hominum moliti salutem, aut pudicos ad libidinem deflexisse animos deteguntur. Nullis vero criminationibus implicanda sunt remedia humanis quaesita corporibus, aut in agrestibus locis, ne maturis vindemiis metuerentur imbres, aut ruentis grandinis lapidatione quaterentur, innocenter adhibita suffragia, quibus non cuiusque salus aut aestimatio laederetur, sed quorum proficerent actus, ne divina munera et labores hominum sternerentur.* En el 321, Cod. Teod., XI, 14, libro 3.

(98) *Multi, magicis artibus ausi elementa turbare, vitas insontium labefactare non dubitant, et manibus accitis audent ventilare, ut quisque suos conficiat malis artibus inimicos. Hos, quoniam natura peregrini sunt, feralis pestis absumat.* Del 357, Cod. Teod., l. 4.

(99) En un misal milanés del año 1488, se pone la misa contra la muerte repentina, compuesta (se dice en él) con el consistorio de cardenales por el papa Clemente, que concedió 240 días de indulgencia á quien asistiese á ella; y oyéndola cinco veces con un cirio encendido se quedaba garantido de la muerte repentina como (continúa el códice) se había experimentado en Aviñon y sus contornos. En el mismo libro, el 4 de febrero se pone la misa de santa Verónica, de quien se refiere que siendo anciana y no pudiendo ya seguir á Jesucristo, le enjugó el rostro y quedó en el sudario impresa la imagen de aquel. Esta mujer fué por algunas partes con su admirable velo; y extendiéndole sobre Volusiano encogido y corcovado, le enderezó, convirtió á Tiberio á la fe limpiándole de la lepra, y por último, con el sudario entró en el paraíso. En un prefacio del misal del año 1475 se canta: «¡Oh cuán glorioso es este día, en el cual espera Judas recibir descanso por una hora!» En él también hay una misa por un difunto, *de cuius anima dubitatur utrum, si plenam veniam anima ipsius obtinere non potest, saltem ver inter ipsa tormenta que forsitan patitur, refrigerium de abundantia miserationum tuarum sentiat.* Venecia, Giunti, 1563. En España había la particular costumbre de que el que odiaba á otro hacia decir por él una misa de difuntos, como si anticipando las exequias, se acelerase la muerte: la prohibió el concilio XVII Toledano, cánón 3, año 693. En Pavia se siguió por mucho tiempo celebrando con rito doble la conmemoración de Boecio, mártir en 23 de octubre. En otros países se introdujeron en las letanías, Hércules, Jason y otros bienhechores de los pueblos.

CAPÍTULO XX

LITERATURA PROFANA.

Cultura general.—Las ciudades no sometidas á los bárbaros cultivaban las bellas letras. Hasta Justiniano, se explicaba públicamente á Aristóteles y á Platon en Atenas, al tiempo que gramáticos y retóricos vendían allí la elocuencia y las nociones filosóficas: y allí iba á perfeccionarse todo el que aspiraba al título de hombre instruido. Una juventud viva y bullidora tomaba partido por sus maestros, y los sostenía tanto en sus rivalidades como en sus triunfos: San Basilio y Gregorio hacían allí con Juliano el Apóstata sus estudios. Berito gozaba de inmenso crédito por sus escuelas de jurisprudencia: Edesa por las de gramática, retórica, filosofía y medicina; y como se hablaban allí las dos lenguas, griega y siriaca, aquellas escuelas eran frecuentadas por los jóvenes de las provincias orientales. Antioquia, ciudad de la disipación y del lujo, llevaba hasta el exceso la austeridad y la molición: hormigueaban en ella brillantes holgazanes, que acribillaban con sus epigramas á filósofos y reyes, á la par que en sus cercanías pululaban los anacoretas. Allí discutían sin combatirse todas las sectas: Libanio compone el elogio del Apóstata tranquilamente, lisonjeándose de ver renacer la idolatría; y Juan Crisóstomo necesita mandar tender inmensos toldos para preservar del sol á la muchedumbre atenta á su fervorosa palabra, que promete las más sinceras esperanzas.

Alejandro, menos tolerante, extraña mezcla de agitación y de estudio, ve á sus ciudadanos tomar parte en las querellas del ascetismo: judíos, católicos, donatistas, adoradores de Serapis, se persiguen dentro de sus muros á pedradas y cuchilladas, con teas encendidas: promueven la persecución de los poderosos ó se rebelan contra ella. Ordenando Teodosio la destrucción del templo de Serapis, distinguió la célebre biblioteca.

Constantinopla, sede de la religión y de la au-

toridad en Oriente, se abría á los espíritus más distinguidos y á todas las sectas que, buscando un apoyo á sus creencias oscilantes, imploraban el favor de la corte, no siempre con los medios más laudables. Constantino protegió las letras, eximió de cargas personales á los médicos, á los gramáticos, á los profesores de bellas letras y de derecho, del mismo modo que á sus mujeres y á sus hijos; alivió de impuestos sus casas, y aseguró su subsistencia (1): sus sucesores renovaron leyes acerca de este punto. Estableció en su capital una escuela, que se asemejaba con nuestras universidades. Era un edificio octógono, en que quince profesores ecuménicos, es decir universales, enseñaban bajo la dirección de un maestro mayor, que era al propio tiempo conservador de los archivos eclesiásticos y de la biblioteca, la cual Juliano aumentó agregándole la suya. Valente empleó allí después siete anticuarios para la copia de manuscritos, lo cual hizo que en el transcurso de ciento cincuenta años no contara menos de ciento veinte mil volúmenes. Pero en tiempo de Basilio un ala del edificio octógono quedó reducida á cenizas, y fueron consumidos muchos libros, entre otros, los cuarenta y ocho cantos de Homero, escritos en letras de oro en el intestino de una serpiente, de ciento veinte pies de largo; y finalmente todo fué entregado á las llamas por el fanatismo iconoclasta de Leon el Isáurico.

Disfrutaban de inmensa reputación los profesores del Octógono, y les consultaban muy á menudo los emperadores. Como todas las universidades, propendían á conservar lo pasado y á oponerse á las innovaciones, exigiendo fé ciega á los libros que introducían.

(1) *Cod. Just., X, 52, l. 6.*